

DIEGO RIVERA

Llegué a México en febrero de 1945 para asistir como miembro de la delegación colombiana a la Conferencia sobre los Problemas de la Guerra y de Paz, mejor conocida como la Conferencia de Chapultepec. Era mi segunda visita a ese país inolvidable, ya que el año anterior, después de que terminó la Conferencia Monetaria de Bretton Woods, se empeñó don Antonio Puerto en que atravesáramos en tren todo el territorio de Estados Unidos, de oriente a occidente, y retornáramos a Colombia por México y Centroamérica. Así lo hicimos, con no muy largas estaciones en Nueva York, Chicago, San Francisco y Los Ángeles. No había conocido yo antes el gran país del norte y podría decir que casi nada del mundo exterior. Por primera vez, a los treinta y seis años cumplidos, me asomé a él y ciertamente, para un evento de verdadera trascendencia universal. El presidente López Pumarejo, quien había tenido ocasión de conocer dos estudios míos sobre los planes White y Keynes para la creación del Fondo Monetario Internacional, tuvo la bondad de designarme presidente de la delegación colombiana, de la cual también formó parte don Antonio como consejero. Nada podía ser para mí más satisfactorio. Puerto se había educado en los Estados Unidos, conocía de maravilla el país y el modo de ser de sus gentes, hablaba un inglés perfecto; era, en suma, la mayor compañía para quien se aventuraba con inevitable timidez en el mundo de las relaciones internacionales. Pasada la Conferencia, no era el caso, según Puerto, de que yo volviera a Bogotá sin haber visto otra cosa que los salones del viejo hotel que a ella sirvió de sede y los paisajes de New Hampshire. Pero yo no me habría atrevido a moverme durante esa época de guerra, abundante en toda clase de dificultades, sin ese amigo incomparable que todo lo arreglaba, que, pese a las diferencias de edades, se preocupaba más por mí que por él mismo, que tenía relaciones, las más distinguidas, en todos los lugares donde nos detuvimos y seleccionaba cuidadosamente las gentes y las cosas que yo debía ver; altos funcionarios, banqueros, museos, monumentos, parques, grandes almacenes, restaurantes y cabarets. Recuerdo, por ejemplo, cómo logró que el administrador general del Waldorf Astoria me explicara por más de dos horas la complicada organización de ese inmenso hotel, sin olvidar el funcionamiento de las cocinas, y cómo más tarde, en Chicago, pudimos escuchar una detenida explicación acerca del manejo del que allí se calificaba como el “más grande almacén del mundo”, y otra, no menos interesante, en uno de los grandes mataderos. En Los Ángeles conocí por primera vez un parque cementerio, lugar en el cual, según dice la leyenda del bello monumento de mármol colocado a su entrada, “nada debe recordar a la muerte”. Me habría sucedido así, porque mi atención se concentraba en las bellas reproducciones de las más célebres esculturas y en el encanto de la Capilla de las Rosas, sitio preferido para la celebración de los matrimonios de las actrices del cinema; pero de recordarnos la muerte se encargó el administrador del cementerio que le ofrecía a Puerto, con insistencia impertinente, venderle una tumba, en el sitio más bello y con todas las comodidades. De mí se ocupó poco, porque no me vio aire de prosperidad y desde el primer momento no me tuvo por buen cliente. Ya desempeñaba por aquellos tiempos Jorge Zalamea la embajada de nuestro país en México; pero había tenido que viajar a Bogotá y en el aeropuerto nos recibió, con un grupo de colombianos, su esposa Amelia Costa, una española de noble y atractivo rostro, cordial, inteligente. Nos colmó de delicadas atenciones durante los días de nuestra permanencia en la capital azteca y fue ella quien me llevó una tarde a la casa de Diego Rivera. Allí estaban el pintor, su mujer y sus hijas; sobre el caballete un cuadro sin acabar; el torso hermoso de una

morena, vuelta de espaldas, que abrazaba un ramo de flores blancas. Fue una visita breve, porque el maestro debía cumplir una cita urgente. Lo que vi en el taller y la propia estampa de Rivera bastaron, sin embargo, para dejar en mi memoria una huella imborrable. Consagré los días que siguieron, como era de esperarse, a visitar los lugares que Rivera embelleció con sus grandes frescos, y para mí fue desde entonces el mayor pintor mexicano. Lo sigue siendo, pese a mi admiración por Orozco, Si- queiros, Tamayo y tantos otros.

Vuelvo a mi segunda visita a México durante la cual pude conversar más íntimamente con Diego Rivera. Como dije arriba, llegué en calidad de miembro de la delegación colombiana que presidía, en su carácter de ministro de Relaciones Exteriores, Alberto Lleras Camargo. En el mismo avión viajó desde Bogotá Ponce Enriquez, canciller también entonces y luego presidente del Ecuador. Esa conferencia reunió a muchas personas que han tenido después una larga figuración en la vida pública de sus respectivos países. La delegación de los Estados Unidos estaba presidida por Nelson Rockefeller, quien desempeñaba entonces el cargo de subsecretario de Estado para asuntos de América Latina. Rockefeller tiene la misma edad mía, lo que vale decir que no había cumplido aún los 37 años, y eran también muy jóvenes otros participantes: el mismo Enríquez, Víctor Paz Estenssoro, por ejemplo, y Víctor Urquide. A Antonio Carrillo Flórez, conocido ya por mí en Bretton Woods, adonde fue como consejero del ministro Suárez, jamás he podido diagnosticarle la edad; tiene el rostro inmodificable de las estatuas indígenas y un cierto aire ritual en su comportamiento. Alberto Lleras presidió la comisión política y su influjo fue muy grande en las deliberaciones y decisiones de la Conferencia. A mí me correspondió el papel de relator en la comisión económica que presidió Víctor Paz Estenssoro. Muchos de los problemas que después han seguido siendo objeto de negociaciones internacionales se tocaron entonces. Sobre las resoluciones en el campo económico escribí, cuando regresé a Colombia, un largo artículo que la *Revista de América* publicó.

Esta vez estaba ausente Amelia Costa; pero Jorge Zalamea nos atendió a los miembros de la delegación colombiana con la magnificencia absurda que lo caracterizaba. Había dispuesto que en la embajada hubiera siempre comida y cena para todos nosotros y, aunque le hicimos ver que no nos sería posible ir allí todos los días porque forzosamente tendríamos que atender invitaciones de los delegados de otros países, se empeñó en mantener esa “open house” con un abundante servicio de camareros, espléndida cocina y buenos vinos. Alberto, su hijo, niño aún, miraba ese entrar y salir de gentes extrañas con un no disimulado asombro. Jorge era así: pródigo en la buena fortuna, y capaz también de enfrentarse a la adversidad, como lo demostró cuando después del 9 de abril fue objeto de tantas persecuciones. Pasé con él bastante tiempo, y quebrantando su natural reserva intelectual, me mostró los cuadernos en los que su pluma trazó los borradores de *La vida maravillosa de los libros*. Con desenvoltura de gran señor galante, nunca dejó de invitarme, para que nos acompañaran a tomar, a hermosas y llamativas damas.

Una noche me invitó a cenar con Diego Rivera. Fuimos a un magnífico restaurante pero el tiempo de los aperitivos se prolongó excesivamente. Hablamos poco de arte y mucho de política. Rivera estaba cercano ya a los sesenta años (nació en Guanajuato en 1886) y yo, al contemplar su figura pesada, su cara un poco fofa en la que de rato en rato cruzaba como un relámpago el brillo de una mirada inteligente y combativa, no podía menos de hacer

mentalmente comparaciones con el autorretrato de Rivera niño que aparece al lado de la Calavera Catrina, en el gran fresco “El sueño de una tarde dominical en la Alameda Central”. ¿Sentía Rivera las frustraciones de la Revolución Mexicana? Me atrevo a creer que sí, aunque no puedo recordar en detalle todo lo que dijo esa noche. Comentaba la política con cierta vehemencia, pero sin entusiasmo; más como un conjunto de recuerdos que como una cosa actual. Al fin y al cabo su espíritu revolucionario se mostraba con mayor elocuencia en los inmortales frescos del Pálacio Nacional que todavía estaba ejecutando, en los del Palacio de Cortés, en los de la Escuela de Agricultura. ¡Cómo había quedado la lucha por la tierra trágicamente retratada en el cadáver de Emiliano Zapata! Repaso ahora la leyenda que acompaña a los frescos de la Escuela: “A todos los que cayeron y a todos los miles de hombres que todavía han de caer en la lucha por la tierra, para hacerla libre y que puedan fecundizarla todos los hombres con el trabajo de sus propias manos. Tierra abonada con la i sangre, los huesos, la carne y el pensamiento de los que supieron llegar al sacrificio dedican, devotos, el trabajo de esta obra los que la hicieron: Juan Rojano, Efigenio Melles, albañiles; Ramón Alba Guadarrama, Máximo Pacheco y Pablo O’Higgins, ayudantes y Diego Rivera, pintor”. Y aquellos frescos del cubo de la escalera sobre el buen gobierno y el mal gobierno que me impresionaron tanto cuando los vi por primera vez.

Con el licor se fue despertando en Jorge una de esas reacciones de agresividad polémica que Alberto Lleras llamaba “zalameicas” y que fueron también frecuentes en su primo Eduardo. Diego Rivera le hacía frente con un frío furor y yo, naturalmente, me quedaba callado, porque no encontraba ninguna razón de fondo para una discusión que se fue volviendo interminable. Pedimos tarde los platos y ya se anunciaba la madrugada cuando me despedí.

Nunca volví a ver en persona a Diego Rivera. Fue con posterioridad a aquella noche que pintó sus últimos frescos en el Palacio Nacional de Cardiología, y montó los grandes relieves en colores del estadio de la Ciudad Universitaria y del Hospital de los Seguros Sociales. Cuando estuve en Ciudad de México empleé buena parte de mi tiempo libre en mirar y remirar las innumerables figuras trazadas por el genial artista, ¿Cuántas horas puede uno consumir estudiando, por ejemplo, las de la gran escalera del Palacio Nacional? ¿Cuántas las de la Secretaría de Educación Pública, aquellas de “El sueño de los padres”, “El tributo”, “La maestra rural”, “La noche de los ricos”, “La feria del Día de los Maestros”? Las civilizaciones mexicanas, la conquista, las opresiones, el ansia de justicia que estalló en la gran revolución, las luchas del capital y el trabajo, los descubrimientos científicos, el avance técnico, las maravillas de la naturaleza: todo se encuentra en los frescos de Rivera. Cosas crueles, cosas violentas, cosas misteriosas, ingenuas, sensuales, tristes, ofensivas como una bofetada, conmovedoras como la fatalidad de la miseria, propia para encender las llamas de una revolución y, al mismo tiempo, huella imperecedera de amargas frustraciones. Estas últimas ya las debía sentir Rivera cuando todavía trabajaba en el segundo piso del Palacio Nacional. Hoy volvería a pintar con el mismo pincel vindicativo a la niña rica y a la niña pobre que figuran en el fresco del Hotel del Prado.

El recuerdo de Rivera me hace pensar en otro gran artista: nuestro Pedro Nel Gómez. También me lo he encontrado en la vida y pronto diré cuándo.

“Me encontré en la vida con...”, páginas 66 a 72